

uso, se sometía á su aprobación.» En su reinado, se omitieron las más rudimentarias formalidades de justicia. Algunos eran condenados á muerte en virtud de instrucción secreta: una confesión arrancada por la tortura llevaba al suplicio, y los que no confesaban, por contumaces, iban al suplicio también.»

No se conduce seguramente á los hombres sino llevándolos por los sentimientos de su naturaleza, y Constancio no tuvo jamás la generosa franqueza que asegura la fidelidad ó la energía de carácter que la impone. Era muy dado á los bajos medios de gobierno, como el espionaje, la delación, las tramas artificiosamente urdidas, aun al rededor de los que sólo hubieran querido servir bien, pero que ofendidos por los lazos en que se les envolvía, procuraban resueltamente romperlos. Así, pues, se verá abrumado bajo el peso de una grandeza que debió á las circunstancias y no pudo llevar sobre sí.

En Panonia estaba esperando el ataque de Magnencio, cuando las noticias que llegaban de Oriente le decidieron á constituir en esta parte del imperio un mando superior que diera unidad á la defensa de las provincias. Este lugarteniente podía llegar á ser temible, pero era necesario. Constancio creyó que el menos peligroso sería el hijo de una de sus víctimas, su sobrino Galo. Los dos últimos vástagos de la familia Flavia habían sido relegados al principio el uno á Efeso y el otro á Nicomedia. En el año 344 los reunió para vigilarlos mejor, en un castillo de Capadocia, *Macellum*, al pie del monte Argeo, donde vivieron como secuestrados del mundo, con el recuerdo vivo siempre de las crueles inmolaciones de 337 y el temor de ver llegar el verdugo de un momento á otro, para ellos también.

Procurábase adormecer la índole ardiente de Galo y la precoz austeridad de Juliano con frecuentes ejercicios religiosos: peregrinaciones y rezos á los sepulcros de los mártires, cánticos sagrados en las iglesias, lecturas ante el pueblo de textos de la Escritura, haciendo de lectores los príncipes mismos (1).

Constancio, que ordenaba estas medidas, parece ya un merovingio preparándose á hacer tonsurar á sus deudos, de quienes no quiere desembarazarse por medio del puñal. La usurpación de Magnencio y la esterilidad de la emperatriz Eusebia fueron causa de que cambiara su condición; y Galo, que contaba entonces veinticinco ó veintiseis años, fué nombrado César é investido del gobierno de las provincias orientales (15 marzo 351).

La precaución de hacerle jurar sobre los Evangelios que nada intentaría contra el emperador, no hubo de parecer á Constancio garantía muy segura: en su virtud dió á Galo por consejero y vigilante al hábil hombre de guerra, Luciliano, y por esposa á su hermana Constantina, esperando que la *Augusta*, cuyo orgullo sería en fin satisfecho, garantizaría la fidelidad de su esposo, y se reservó el nombramiento de los oficiales del ejército asiático, del prefecto del pretorio y del conde de Oriente, los cuales recibieron instrucciones particulares.

El César no podía ordenar ninguna ejecución capital

(1) Un obispo, Eusebio de Nicomedia, había sido el director de la primera educación de Juliano, que San Cirilo asegura haber sido bautizado, lo que es poco probable, siendo entonces el uso, aun entre cristianos que no eran príncipes, como San Ambrosio, San Agustín, Eusebio de Cesarea, Sinesio, etc., recibir el bautismo muy tarde. Gregorio de Nacianzo (*Invect.*, I, 30) refiere que quisieron edificar una iglesia los dos hermanos, debiendo costear cada uno su mitad; que la parte de Galo se acabó felizmente, pero que la de Juliano se hundió á causa de un terremoto. La tierra no fué tan culpable; Juliano hubo de ser negligente de intento (Sozómenes, V, 2).

sin previa autorización del conde, que un día hizo ver á los pueblos cuál era el poder del que llamaban ellos su príncipe, abriendo de propia autoridad las puertas de una prisión en que de orden de Galo, se había encerrado á los magistrados de una ciudad (2).

En el mismo palacio, el cuestor, que con el carácter de secretario del gobierno asistía á todos los consejos y ponía en vías de ejecución todas las decisiones, era agente del emperador más bien que del César. Este, pues, no tenía en realidad más que un título sin poder. Retenido en las provincias occidentales, Constancio había querido que el primer puesto en Oriente pareciera ocupado para que nadie tuviera la tentación de tomarle. En la organización política de Diocleciano, el César era un lugarteniente del Augusto, y Constancio volvía á este régimen, pero exagerado. Sus combinaciones demasiado hábiles, fueron contra su objeto, é irritaron á un joven fogoso, á quien acaso hubiera retenido en el deber mayor confianza por parte del príncipe, y que después de todo, no merecía esta suerte.

Dichoso por haber cambiado su prisión por un trono, que al principio no sintió vacilar bajo sus pies, se dió resueltamente á los placeres hasta el extremo de escandalizar á los frívolos habitantes de Antioquía. Mas para esto necesitaba dinero y se lo procuró con exacciones é iniquidades. Constantina misma, ávida de suyo, le secundaba en este punto sirviéndose de una policía adiestrada por ella en esto de sorprender palabras imprudentes y secretas conversaciones domésticas. Constantina lo vendía todo, la justicia, las gracias, los empleos, para procurarse lo que los príncipes de aquel tiempo consideraban como la más segura garantía, un tesoro. Hasta el presente estamos condenados á no ver en esta familia real, salvo Constancio Cloro, un solo personaje á quien poder estimar.

En 354, una carestía produjo en Antioquía una conmoción popular: la multitud fué á palacio á pedir pan. «Dirigidos al gobernador de la provincia, contestó Galo; los víveres faltan sólo porque él quiere.» Era la confesión de su impotencia, pero también una cobardía. Así designado á la cólera popular, el desgraciado consular de Siria fué desuartizado.

Hé aquí, pues, la capital de Oriente en el desorden; los bandoleros de la Isauria devastaban muchas provincias, los árabes entraban al pillaje los países limítrofes al desierto, los persas renovaban sus correrías en la Mesopotamia, y el César no resolvía nada (3).

Constancio, que no le había dejado ninguna libertad, se irritó, sin embargo, viendo su inacción y se decidió á romper aquel instrumento que había venido á ser inútil, tanto por las desconfianzas del príncipe como por el carácter de su lugarteniente. Al propósito, encargó al prefecto de Orien-

(2) A. Marcelino, XIV, 1. Véase lo que refiere del proceder de Talasio, que tenía empeño en incomodar á Galo. En el origen, el nombre de César, *cognomen* hereditario de la gente Julia, pertenecía á todos los agnados de esta casa: así nuestro período IX ha podido llamarse el de los Césares. Vero, hijo adoptivo de Adriano, tomó este nombre, que designó desde entonces al heredero presunto del imperio, pero no confería ningún poder. Los *Césares* de Diocleciano, herederos necesarios de los *Augustos*, estaban investidos de amplios poderes: tenía cada uno su capital, su ejército, su tesoro; administraban, juzgaban y combatían. En tiempo de Constantino, los Césares eran niños designados para el imperio; en el de Constancio lugartenientes muy vigilados y contenidos. Después de Juliano desaparecen el título y esta situación.

(3) En 352, la eterna querrela entre los judíos y samaritanos había encendido otra vez la Palestina. Los tenientes de Galo hubieron de reprimir este movimiento con toda la crueldad propia de los romanos cuando se trataba de sofocar una insurrección judía.

te, Domiciano, que invitara al César á pasar á Italia á recibir órdenes verbales; y como Galo vacilara, le dijo rudamente el prefecto: «¿No ves que es una orden? Si no obedeces, suprimiré las provisiones de palacio.»

El cuestor le habló en el mismo sentido; pero Galo mandó á sus guardias que los asesinaran á los dos, y luego supuso una conspiración contra su vida, que le permitió de gollar, previa una mera formalidad de juicio, á los que le eran sospechosos (1). No era una rebelión, pues no se dió ninguna orden para tomar las armas; pero era un sangriento ultraje hecho al emperador (2).

Constancio fingió creer la conspiración dirigida contra Galo y no tuvo sino más interés en atraer á su alcance al César, para quien, según se decía, se había fabricado secretamente en Tiro un manto real. El emperador le dirigió buenas palabras; insistió en la necesidad para los dos de entenderse en una cordial entrevista sobre los grandes intereses del imperio, y le reiteró la invitación de venir á su lado con su esposa, «querida hermana á quien deseaba tanto ver.»

Al mismo tiempo, cambiaba los oficiales que parecían afectos á Galo, y le retiraba tropas á pretexto de que los soldados ociosos perdían la disciplina; de modo que el desdichado príncipe estaba envuelto en la trama de aquel hábil cazador de hombres.

Constantina «sabía muy bien de lo que era capaz su hermano,» y no se hacía ilusiones sobre el cariño que el Augusto le profesaba; pero su intervención era el único medio que quedaba para conjurar el peligro: así pues partió... y murió en el camino.

Galo no tenía más recurso que obedecer. En Andrinópolis recibió la orden de despedir su tren real; en Petavium (Petavio) se le despojó de las insignias cesarianas, y en Pola de Istria, después de un proceso irrisorio, se le cortó la cabeza. Tenía apenas veintinueve años (fines de 354).

Constancio proscribió hasta su cadáver, que por lo mismo no pudo llevarse al sepulcro de los Flavios. Muchos consejeros y amigos suyos perecieron con él: el mejor general del ejército de Oriente, Ursicino, fué condenado á muerte en un consejo secreto; pero antes de su ejecución se tuvo necesidad de sus servicios, y se le indultó. Triste condición de los servidores de aquel suspicaz gobierno, expuestos ya á acusaciones sin pruebas y á sentencias misteriosas.

Algunos meses después ocurrió una nueva tragedia. El franco Silvano, en recompensa de sus servicios en la campaña de Panonia, fué encargado de mantener á raya á los bárbaros, cortando sus correrías en la Galia. Juliano le echa en cara no haberlo conseguido por las armas, sino comprando su retirada con el oro indebidamente sacado á las ciudades. Pero Juliano, que acababa de recibir el título de César, escribía entonces un elogio del asesino de todos los suyos, elogio en que repetía con harta ligereza las calumnias de los eunucos y de los cortesanos contra el fiel general á quien iba á sustituir.

En las cortes despóticas, la servidumbre mantiene su influencia haciendo alarde de un celo que se muestra por sospechas hábilmente sugeridas en el ánimo del príncipe, por calumnias que circulan, toman cuerpo y llegan á oídos

(1) Sobre las crueldades de Galo, véase Am. Marcelino XIV, 7, y particularmente en el § 8 la tortura y suplicio del inocente Eusebio.

(2) Amiano Marcelino (XXI, 13) hace decir á Constancio que Galo desconoció la justicia y que actos detestables atrajeron sobre su cabeza la venganza de las leyes.

del amo, siempre dispuesto á ver un reo en todo acusado político.

Contra Silvano hasta se falsificaron cartas, y en su virtud fueron arrestados sus amigos. Un oficial del imperio enviado á Galia con la misión de conducir á Italia al general, obró con tanta imprudencia, que creyéndose perdido Silvano, buscó su salvación en la rebeldía, en la usurpación de la púrpura imperial.

En efecto, hízose proclamar emperador por sus soldados en Colonia, precisamente en los momentos en que Malárico, jefe de los francos de la guardia (3), probaba en Milán su inocencia.

Ursicino fué enviado á Silvano con cartas muy lisonjeras de Constancio, que le reconocía todos sus títulos y ho-



Copa de vidrio encontrada en Colonia (Museo de Berlin).

nores; pero con la orden secreta de ocupar su puesto á la cabeza del ejército de las Galias y hacerle partir para Milán, donde la corte residía.

Buena maña hubo de darse Ursicino para cumplir misión tan delicada y peligrosa á gusto y contentamiento de su amo; ello es que excitando un movimiento entre las tropas de Silvano, ellas mismas degollaron al que veintil ocho días antes habían proclamado emperador (agosto del año 355). La soldadesca es así.

Todos los sospechosos de haber favorecido sus ambiciosos proyectos fueron decapitados, y entre ellos los dos condes Lutto y Maudio, cuyo origen indican sus mismos nombres.

III. — JULIANO EN GALIA (355-361)

He aquí una de las más curiosas figuras de la historia; un hombre á quien se estima y aun se ama, pero cuya política hay que condenar, sin embargo.

Reconcentrado en sí mismo, durante diez y ocho años de cautiverio moral, Juliano había perseguido, como Marco Aurelio su héroe, un ideal de perfección (4); emperador, tendrá un sentimiento tan elevado de sus deberes, que escribirá: «Un rey debería tener la naturaleza de un dios (5).» Pero su espíritu, muy claro para las cuestiones de administración, con frecuencia iba á perderse á la región de los sueños, y la soledad á que lo había relegado la política durante mucho tiempo, había desarrollado en él esta disposición natural.

Era dado á escuchar en sus meditaciones nocturnas la

(3) *Gentilium rector*. Am. Marcelino, XV, 5.

(4) «...quasi pabula quaedam animo ad sublimiora scandendi conquirit» (Am. Marcelino, XXI, 5)... *recta perfectaque rationis imagine congruens* Marco (ibid., I). En su *Discurso*, § 17 *ad finem*, dice Juliano: «¡Oh Júpiter! ó sea cualquiera el nombre que te agrade, méstrame el camino que conduce allá arriba hacia tí.»

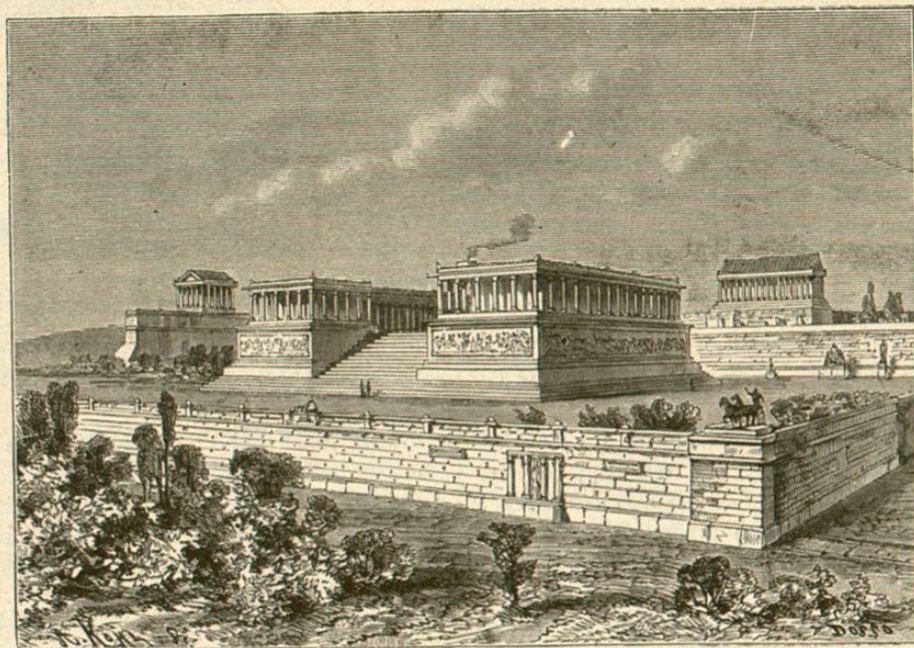
(5) Carta á Temistio. También le escribía: «¡Oh amigos míos! no hubiera querido nunca más que la dicha de conversar con vosotros, como los viajeros cargados cantan á lo largo del camino para aligerar su carga.»

voz interior de su pensamiento incierto y flotante, atraído por la naturaleza y el misterio. Refiere él mismo que, siendo muy joven, solía dejar sus libros para seguir con piadosa mirada la marcha triunfal del sol, ó para contemplar de noche los esplendores del firmamento.

En el culto del *astro divino*, la más noble de las idolatrías, reconocía la religión de sus padres, y en el cristianismo odiaba ya la religión de sus perseguidores (1). Sin embargo, tomaba de los libros cristianos, que estudió mucho tiempo, consejos de virtud que se avenían muy bien con su filosofía: para sí mismo la pureza del alma y del cuerpo, para los demás la beneficencia (2). Aun siendo emperador, prefirió Sócrates á Alejandro, la vida del espíritu á la vida de la acción. Todo el afecto que había en aquel corazón frío, que conoció la amistad, pero no conoció nunca el

amor (3), será para la humanidad, que hubiera querido hacer dichas; para los dioses, que adoraba con piedad ardiente; para el culto de las fuerzas de la naturaleza, al que le inclinaba su imaginación soñadora, y desgraciadamente también para prácticas supersticiosas, condenadas de mucho tiempo atrás por las ideas filosóficas.

La elevación de su hermano no había hecho más que prolongar sus *doradas cadenas*. Fué autorizado á salir de su prisión de Capadocia para trasladarse á Constantinopla, donde siguió como simple estudiante el curso de elocuencia que allí se enseñaba. Su calculada reserva y su vida laboriosa y modesta no impidieron á los hombres, en acecho de todas las probabilidades del porvenir, buscar la amistad del joven príncipe. Constancio le juzgó demasiado favorecido, y por una orden imperial fué relegado otra vez



Pérgamo. — Restauración del altar de Zeus y de Atenea

á Nicomedia, con prohibición de asistir á las lecciones del más famoso de los retóricos y paganos de aquel tiempo, Libanio, que enseñaba en aquella ciudad. El emperador sospechaba ya de la sinceridad de su te cristiana y no quería dejar que creciera, para los partidarios del antiguo culto, un jefe que podrían hacer temible.

Y con razón temía. Juliano leía en secreto los discursos del elocuente retórico, á quien no podía escuchar: la *Ihada* era su Evangelio; Homero y Platón los encantadores de su espíritu (4), y se hizo iniciar secretamente en Pérgamo por un discípulo de Yamblico, en las doctrinas neo-platónicas, y en Efeso, por un taumaturgo, en los misterios de la religión condenada.

(1) En su carta á los cristianos de Alejandría, dice que siguió su culto hasta los veinte años de edad, es decir, hasta 350 (*Carta 51*). Hay que leer en su *Discurso* contra Heraclio, la historia de su infancia, contada por él mismo en páginas verdaderamente encantadoras.

(2) En su carta al pontífice, escrita poco antes de la expedición de Persia, recuerda que en su infancia, pobre y todo como era, socorría á los pobres. Más adelante hablaremos de las instituciones de beneficencia que quiso fundar.

(3) En el *Misopogon*, habla Juliano de su solitario lecho, de su corazón insensible al amor, de su aversión á los placeres de Venus. Unas palabras de las cartas 40 y 68 han embarazado mucho á los comentadores. Si se tratara verdaderamente de hijos naturales de Juliano, Am. Marcelino los hubiera conocido y no habría escrito (XXV, 4): *ita inviolata castitate enituit, ut post amissam conjugem nihil unquam venerem agitaré*.

Al principio se había dirigido al viejo Edisio. «Mi cuerpo está en ruinas, — le contestó el sabio; — es un edificio que se hunde; interroga, pues, á mis hijos.»

Los hijos de su alma eran Máximo y Prisco, que Juliano conservará á su lado hasta su muerte.

Juliano dividía su vida en dos partes: una para el emperador y su corte suspicaz, y otra para sí mismo, ocultando cuidadosamente sus preferencias, hundiéndose más y más en el odio contra una religión que le imponía esta mentira ó mistificación. Pero el paganismo no hizo nunca de mártir y Juliano no creía que debiera someter su conciencia religiosa á los actos exteriores que le eran impuestos.

Por otra parte se trataba de la más grave de las cuestio-

(4) Juliano, que escribía y hablaba en griego, excepto en sus funciones oficiales, parece no conocer la literatura latina, aunque Libanio diga que había leído algunos autores latinos. Fué un contrapeso útil de que careció su espíritu; pero también faltó á los más ilustres doctores del Oriente, á Gregorio Nacianceno, á San Basilio, á casi todos los Padres del Concilio de Nicea, á los cuales hubo que traducir en griego el discurso de apertura de Constantino. No quiero decir que el latín hubiera curado el espíritu disputador de los griegos; pero observo que casi todas las herejías y la mayor de todas, el arrianismo, nacieron en el Oriente helénico, mientras el Occidente latino no fué turbado tan seriamente. Si los griegos del cuarto siglo hubieran mantenido un comercio familiar con Cicerón, Salustio, César, Tito Livio, Tácito y los grandes jurisconsultos de Roma, su locuaz sutileza se hubiera trocado en una elocuencia contenida; habrían tenido el sentido de la realidad y el patriotismo que les faltó absolutamente y que

nes políticas, á saber: ¿serán definitivamente vencidos los dioses, quedando Jesús triunfante para siempre?

En la lucha contra los galileos, vió Juliano una causa verdaderamente sagrada, de que él era el defensor designado por los oráculos que se hacían ya cundir entre los paganos. Con este pensamiento, el disimulo no era ya una vergüenza: nadie ha deshonrado la locura fingida por Solón ó por el primer Bruto; Platón, que no creía en los dioses de Atenas, había hablado de ellos con la prudencia necesaria para evitar la cicuta, y Libanio alaba á Juliano «por haber obedecido á la prudencia.»

Llamado á Milán, después de la muerte de su hermano, como un sospechoso á quien Constancio quería tener al alcance de su mano, vivió allí siete meses, sin estar seguro nunca del día de mañana. Cuando los cortesanos vieron aquel hombre pequeño, rechoncho, de maneras desairadas, con la barba recortada en punta y un manto griego sobre los hombros, se cruzaron los sarcasmos sobre él, tanto más libremente, cuanto que el recién llegado parecía muy mal en la corte.

Una mujer, la emperatriz Eusebia, lo salvó (1). ¿Se compadeció, acaso, viendo aquel último vástago de una ilustre raza reducido á sufrir en silencio la insolencia de los viles eunucos y de los guardias de palacio, ó no teniendo hijos quiso prepararse un apoyo en caso de muerte de su esposo? Los caracteres elevados son tan raros en esta familia que, por encontrar uno siquiera, queremos creer en la generosidad de la que Juliano llamaba «la hermosa y buena Eusebia (2).»

En efecto, Eusebia obtuvo para él una audiencia del emperador, y Juliano alcanzó de él la venia de volver á vivir oscuramente en Asia, en una modesta quinta de su madre, de que hizo agradable descripción cuando más tarde se la regaló á un amigo.

«No está, escribe, á más de veinte estadios de la mar, y en ella no molestan los gritos de los marineros y negociantes. Subiendo á un otero inmediato á la casa, verás la Propóntide, sus islas, la ciudad que lleva un nombre ilustre, y recostado con un libro en la mano entre las floridas matas de tomillo y otras hierbas olorosas, tendrás para el reposo de la vista el espectáculo del mar y de los barcos que lo surcan. En mi niñez hacía todas mis delicias este sitio y muchas veces he vuelto á él. Allí encontrarás unas cuantas vides plantadas por mi mano, y cuyos dorados racimos dan un vino que no necesita tiempo para adquirir sabor dulcísimo. ¿Y por qué, dirás, por qué no plantaste más vides? ¡Oh! yo hago de mejor gana la corte á las ninfas que

se encuentra á lo menos en algunas tristes palabras del panonio San Jerónimo. La literatura latina es una grande escuela de razón y patriotismo; la literatura griega del cuarto siglo no lo fué. No es que los pueblos de Occidente hubieran tenido en aquel tiempo más abnegación por la cosa pública: su lengua y su espíritu se prestaban mal á las discusiones metafísicas, y sin tener virtudes sociales más activas, pedían á su religión menos asuntos de controversia que consuelos y esperanzas. Sin embargo, el más ilustre doctor de la Iglesia latina, San Agustín, parece por sus sutilezas haber respirado algún soplo venido del Oriente.

(1) A la muerte de su primera mujer, hermana de Juliano, se había casado Constancio con Eusebia que era de casa consular (fines de 352 ó principios de 353).

(2) No queremos hacernos cargo de una tesis ridícula, la de los amoríos de Eusebia y Juliano, á quien la emperatriz no vió en toda su vida más que una vez, á principios de 355, y sólo algunos días á fines de este mismo año. Eusebia era muy hermosa (Amiano Marcelino, XVIII, 3), pero Juliano, personaje austero y frío, cuyas pasiones todas estaban en la cabeza, no podía ser el héroe de una acción amorosa. Libanio (II, 325) lo suponía más continente que el mismo Hipólito.

á Baco, y luego, en mi mesa había siempre bastante vino para mí y mis comensales, cuyo número, como sabes, no era nunca grande.»

Mientras Juliano cultivaba su viña para sustraerse á la vista de Constancio, vivía el suspicaz emperador entre inquietudes y temores. Imprudentes palabras que un gobernador de la Panonia deslizó en un festín, tomaron cuerpo formidable hasta transformarse en conjura, que el emperador castigó con atroces tormentos y suplicios; por este tiempo fué impelido Silvano á sublevarse en la Galia; el imperio parecía á Constancio lleno de traidores, y temiendo que el hermano de Galo sublevara también las provincias orientales en que había vivido mucho tiempo, le envió orden de pasar á la Grecia, donde Juliano no poseía un palmo de tierra, ni conocía á nadie. El príncipe obedeció la orden pasando á Atenas (julio 355).

La prudencia de Constancio no era sabiduría. Desde que Alejandría y las principales ciudades asiáticas estaban ocupadas en cuestiones suscitadas por la nueva teología, había venido á ser Atenas el centro más vivaz del helenismo. «Cada tierra, decía Himerio, produce sus frutos, y el de Atenas es la elocuencia.» Allí se creía en los dioses, ó á lo menos se hablaba de ellos con el arte de los retóricos ó con las sutilezas de los sofistas, y el cristianismo estaba allí sometido en sus dogmas y en su historia á una crítica animada y brillante.

Cuando en medio de aquella multitud de maestros y discípulos apareció Juliano con el manto de los filósofos, cuando se le vió procurar conocimientos de todo, y muy luego luchar con los más hábiles, muchos paganos pusieron en él sus esperanzas, mientras los cristianos, adivinando á su secreto enemigo, decían: «¿Qué monstruo mantiene aquí Roma (3)?»

Sin embargo, Juliano no revelaba á nadie el fondo de su pensamiento, á no ser al hierofanta de Eleusis, á quien fué secretamente á consultar; y este ardor de letrado, y esta curiosidad ingenua, que le hacían vivir en un pasado lejano y de que se burlaban en Milán los cortesanos, le servían de salvaguardia contra las sospechas del emperador.

Desde la derrota de Magnencio, Constancio residía en Milán. La guerra con la Persia, guerra de sorpresa y pillajes, podía abandonarse, sin grave inconveniente, á los generales que mandaban aquellas tropas; y en el bajo Danubio no se movía nadie. Al contrario, serios peligros surgían en Occidente haciendo olvidar al emperador á Constantinopla y Antioquía para estar á la mira de la Galia y de la Iliria. La frontera panonia estaba siempre inquietada por los cuados y los sármatas. En 354 había tenido que ir sobre los alamanos, los cuales, dueños de las tierras *decumatas*, pretendían establecerse al Norte de la Helvecia; y de la Galia llegaban noticias desastrosas. Para aumentar sus fuerzas, había desguarnecido Magnencio la frontera renana, que no había fortificado la sublevación de Silvano, y á la muerte de este jefe habían combinado los bárbaros un ataque general. Los alamanos se habían arrojado sobre la 1.ª y la 2.ª Germania, los francos sobre el corazón de la Bélgica, habiendo entrado á saco cuarenta y cinco ciudades, entre ellas Maguncia, Estrasburgo y Tréveris, orgullo de la Galia del Norte. Toda la orilla izquierda del Rin, desde el lago de Constanza hasta la Batavia, fué ocupada á pie fijo por aquellos bárbaros; y mientras se llevaban á

(3) Palabras de San Gregorio Nacianceno, que estaba entonces en Atenas y deploró que Constancio no hubiera inmolado á Juliano como á los demás en 337... *κακῶς σθολένητα*. San Basilio se encontraba también en esta ciudad, y Juliano tuvo relaciones con ellos.

los bosques germánicos un inmenso botín y multitud de prisioneros, se cubrían de turbas miserables los caminos que conducían al centro de la Galia: mujeres arrastrando á sus niños; hijos sosteniendo á los ancianos, y con ellos algunos pesados carros en que iban amontonados los restos salvados del pillaje. Iban maldiciendo á los germanos, y al emperador y al imperio; sus relatos propagaban el terror, y á menudo llegaban tras ellos, como una manada de lobos siguiendo la pista del fugitivo ganado, fieras bandas de hombres con sus luengos y amarillos mostachos, con sus fulgurantes ojos azules, con sus gritos salvajes, con su instinto feroz de destruir hombres y cosas sólo por el placer de destruir. «¿Cómo haré famoso mi nombre? preguntaba un jefe bárbaro á su digna madre.—Rompiendo y matando.»

Mientras se consumaban estos desastres, el dueño único del mundo romano reunía concilios y disputaba con los doctores sobre la consustancialidad del Hijo y del Padre, desterraba á los obispos cuya teología no se conformaba con la suya y se arriesgaba á perder la tierra pretendiendo arreglar las cosas del cielo.

El grito de la Galia desolada llegó, sin embargo, á través de las disputas sobre el *ἁμοούσιος* y el *ὁμοούσιος*, y Constancio se decidió á enviar un general á la Galia. Pero ¿á quién enviar? Los más recomendados por sus servicios le inspiraban sospechas, temiendo que las fuerzas confiadas al capitán encargado de defender las provincias occidentales le inspiraran la mala tentación en que habían caído Magnencio y Silvano.

«Más vale un pariente que un extraño,» le dijo Eusebia. Y á instancias de la emperatriz, resolvió Constancio renovar la prueba que había hecho en Oriente, cuando llamó á un miembro de su familia para ocupar el primer puesto temiendo que lo ocupara otro. La primera prueba salió mal; pero Galo fué castigado por su mala administración, no por ninguna rebeldía.

¿Ni qué había que temer de aquel letrado de Atenas, cuyo espíritu siempre en las nubes, no tenía cosa de ambición mundana; que de cerca ó de lejos estaría siempre vigilado, y en caso de necesidad sería precipitado tan fácilmente como lo había sido su hermano?

Constancio le dió pues el título de César y la prefectura de las Galias (Galia, España y Bretaña). «No es un soberano el que envío á los galos, decía, sino un maniquí que lleva la imagen imperial.»

Juliano hubiera querido rehusar; pero el sentimiento de la misión que creía tener de los dioses le contuvo. Cuando llegó á Milán (oct. 355), los eunucos de Eusebia se apoderaron de él; le rasuraron la barba, le quitaron el modo de manto y le pusieron una clámide militar, en que colgaron la imagen del emperador, imagen que debía siempre llevar para que no olvidaran los pueblos quién era el verdadero soberano. «Bajo este traje, dice el mismo Juliano, hacía la más triste figura de soldado;»



Juliano César

Constancio lo presentó al ejército, que aplaudió menos á su nuevo jefe que el donativo prometido para esta solemnidad.

El héroe de esta jornada conservaba sus temores. Cuando los dos príncipes volvieron en un mismo carro al palacio, perseguido Juliano por el recuerdo de su hermano, contestó á las aclamaciones de la multitud repitiéndose á

sí mismo este verso de Homero: «El Destino invencible y la Muerte con las manos rojas lo agarraron.» En su manto de púrpura sólo veía Juliano un sudario ensangrentado (6 nov. 355).

Constancio le dió además por esposa á su hermana Elena, triste unión que no dió fruto, y que la muerte rompió muy pronto. Esta hija de Fausta, de más edad que Juliano, parece no haber ocupado lugar en su corazón ni en su memoria. Sus numerosas obras suelen hablar de la Elena de Homero, jamás de la suya.

Juliano era pobre, pero su matrimonio le valió ricos presentes, habiendo sido el más precioso para él una colección de los mejores autores griegos, obsequio particular y delicada atención de Eusebia. Nunca abandonó esta biblioteca, que lo acompañó hasta en sus expediciones, si no total parcialmente: de ella sacaba instrucción y placer, y encontró también lo que no buscaba, la popularidad, que á pesar de las pasiones religiosas recomienda su nombre. Por su afición á las letras, Juliano es de los nuestros, y los poetas, los filósofos, los oradores, á quienes tanto distinguió, abogaron por él en la posteridad.

La reputación de escritor que ya tenía le hizo sin embargo cometer una mala acción: creyóse obligado ó se le persuadió á contestar á los inesperados favores de que era objeto con un testimonio público de gratitud; y fingiendo aceptar la tesis oficial de que las matanzas de 337 fueron obra de soldadesca amotinada y la muerte de su hermano un castigo rigoroso, pero legítimo, leyó en una de las fiestas celebradas con motivo de su advenimiento un discurso lisonjero sobre las virtudes y hazañas de Constancio, que debió costar mucho á su sinceridad: fué el precio de su rescate; pero hubiéramos querido que lo pagara en otra moneda.

El primero de diciembre de 355, salió el César de Milán con el emperador, que le acompañó hasta Pavía y quiso compartir con él el consulado del año siguiente. Constancio le llamaba hermano; Juliano llevaba sobre su pecho la imagen del emperador, y la multitud admiraba aquella concordia fraternal; «la amistad del lobo, dice Juliano, que disimulaba recíproca desconfianza.»

A pretexto de organizar el servicio alrededor del nuevo *imperator*, de una manera digna de su título y de su rango, Constancio había retirado de él á sus amigos y servidores (1); minuciosas instrucciones arreglaron el estado de su casa, hasta el servicio de su mesa; y los generales del ejército de las Galias «recibieron por escrito la orden de vigilar su conducta.» Marcelo fué nombrado general en jefe del ejército.

Para que los soldados no pudieran ver en Juliano al distribuidor de las gracias, ni aun fué autorizado á darles la gratificación ordinariamente concedida con motivo del nombramiento de un César, y quedó obligado, como un oficial subalterno, á dar cuenta de todos sus actos al emperador. Era el mismo sistema que se había seguido en Antioquía y en él se revela el espíritu desconfiado de Constancio; hay que ver también en él precauciones justamente tomadas contra la inexperiencia de un joven príncipe, en quien nadie podía ciertamente sospechar un gran general.

Juliano se detuvo en Viena, que por sus antiguos mo-

(1) Menos el médico Oribaso, que le fué permitido conservar.



Moneda representando á Juliano y Elena

numeros merecía aun el epíteto que Marcial le había dado: «Viena la hermosa.» El primero de enero de 356 tomó allí las insignias del consulado, y por espacio de cuatro meses estudió en la historia de los grandes capitanes la estrategia, y en el campamento el manejo de las armas y la gimnástica militar. «¡Oh Platón! decía, mira lo que han hecho de un filósofo.» Al cabo de este tiempo, el filósofo era un soldado; sabía á lo menos todo lo que los libros podían enseñarle: la práctica del mando hará muy pronto de él un general, audaz y prudente á la vez.

Nadie conocía su nombre acaso en toda la Galia; pero la llegada de un príncipe de la familia imperial pareció á aquellas desoladas poblaciones una promesa de verdadera asistencia; los soldados estaban orgullosos viendo á un César en su escuela, y viejos generales le cobraban afecto al joven austero que solicitaba sus narraciones de guerra, escuchaba sus consejos y no creía haberlo aprendido todo el día en que vistió la púrpura imperial.

El estado de la Galia era en verdad lamentable. Colonia, uno de los baluartes del imperio, había sido saqueada; ni el Rin ni los Vosgos eran ya barreras para los germanos, que penetraban impunemente hasta el corazón del país. Autun, sitiada por ellos, difícilmente pudo salvarse; pero su guarnición y los veteranos que acudieron á la plaza sostuvieron desesperadamente la resistencia. Llegado el estío, fué Juliano á la valerosa ciudad á felicitar á sus defensores (23 junio), y después ganó á fuerza de armas las plazas de Auxerre y Reims y las ciudades del Mosela.

Los bárbaros retrocedieron ante el impetuoso arranque de las tropas romanas, no visto desde los tiempos de Constantino. En Alsacia sufrieron un gran descalabro, que permitió al César entrar en Tréveris y en Colonia, cuyos arruinados muros levantó. Desde allí remontó el valle del Rin para apoyarse en las operaciones de Constancio, que hacía en la Recia una expedición contra el enemigo común. Luego volvió á Sens á pasar el invierno de 356-357.

Para dar á sus tropas mejor alojamiento las repartió en muchas ciudades, conservando consigo poca gente; disposición que por poco no causó un desastre. Dispersos para el pillaje, habían sido sorprendidos los bárbaros y rechazados más allá del Rin por un ataque impetuoso y bien dirigido; pero cuando supieron por los tráfugas que el César tenía tan poca fuerza cerca de sí, formaron el atrevido plan de apoderarse de su persona en medio de sus acantonamientos. En efecto, deslizándose entre los puestos romanos, aparecieron de súbito al pie de los muros de Sens; pero la guarnición, por fortuna, estaba alerta.

Sin embargo, tuvieron sitiada la plaza por espacio de un mes, sin que Marcelo, que se encontraba cerca, procurara venir en su socorro. Juliano se defendió bravamente fatigando á los bárbaros, que se retiraron en fin.

Fuera traición, fuera incapacidad, Marcelo era culpable; en su virtud fué destituido por el emperador, el cual, comprendiendo que su exceso de prudencia podía venir á ser también un exceso de temeridad, restableció la unidad del mando poniendo á las órdenes de Juliano todo el ejército galo.

Investido, en fin, el César de reales poderes, reconoció esta gracia en un nuevo elogio de Constancio, que no le hizo más honor que el primero. Este género falso, en que domina una retórica verbosa, erizada de citas clásicas, estaba á la sazón muy en boga, y no embarazaba más la sinceridad de los retóricos habituados á sostener las tesis más extravagantes que la defensa de los más criminales la conciencia de nuestros abogados. Era cuestión de arte y sólo una cosa importaba en ella: que los períodos fueran ca-

denciosos. El mismo Juliano se burla de esta falaz elocuencia, que se admira «cuando sabe engrandecer lo que de suyo es pequeño.» Pero se indemnizó con otro elogio sentido que al mismo tiempo envió á Roma, el elogio de su bienhechora la emperatriz Eusebia (1).

El ejército de las Galias no constaba más que de 13.000 hombres (2); pero había en él valientes soldados, como aquel tribuno legionario que fué más tarde el emperador Valentiniano. En el estío de 357 este ejército se dirigió á los Vosgos para darse la mano con el maestre de la infantería, Barbación, que Constancio había enviado de Italia á Basilea con mayor número de fuerzas. Un cuerpo de alamanos se deslizó entre los dos ejércitos y corrió sobre Lyon, que los rechazó rudamente. Cuando volvieron cargados de botín, hecho en puntos más flacos ó menos guardados, había cerrado ya Juliano los desfiladeros de los Vosgos y ninguno de aquellos saqueadores pudo pasar.

Pero Barbación no pudo atajar á los que llegaron porsus términos; ni fué más hábil cuando intentó echar un puente sobre el Rin, en cuyo empeño perdió mucha gente al empuje de los bárbaros.

Estos reveses levantaban aún más la gloria de Juliano, más afortunado en sus empresas. Antes de descender á la Alsacia, amenazada de una invasión formidable, había fortificado con prudente previsión la ciudad de Saverne, una de las puertas de la Galia, y seguro de encontrar este refugio á su espalda, en el caso de un descalabro, fué resueltamente á buscar al enemigo en la dirección de Strasburgo.

Casi toda la nación alamánica se había levantado en armas, y siete reyes habían pasado el Rin á la cabeza de 35.000 guerreros escogidos (3). Era el mayor esfuerzo que por esta parte hubiera hecho la barbarie contra el imperio.

Cuando, en sus combates, contra Barbación, vieron los alamanos huir á los soldados que en otro tiempo los vencieran, pues los reconocieron en las insignias de sus escudos (4), se llenaron de confianza y de orgullo, y miraron á

(1) Juliano encargó á su esposa Elena de llevar por sí misma á su destino ambos elogios. Acababa de dar á luz un hijo muerto, y tuvo después otro que tampoco vivió. Se pretende que celosa Eusebia del afecto que tenía Juliano á Elena y no queriendo que tuviera los honores y ventajas de la maternidad de que estaba ella privada, le había hecho abortar con brebajes que la volvieron estéril. El honrado Am. Marcelino nos lo dice; pero no lo creemos. En estas revelaciones de tenebrosos manejos, provocados á centenares de leguas y á vista del fiel amigo de Juliano el médico Oribaso, no vemos más que la maledicencia de una corte frívola y corrompida.

(2) Es el número que un tráfuga reveló á los alamanos y que Marcelino tiene por exacto (XVI, 12).

(3) Una parte de estos guerreros servían en virtud de tratados de asistencia mutua, convenidos entre las tribus; los demás estaban asalariados. He aquí pues á los germanos en posesión de cuerpos regulares (Am. Marcelino, XVI, 12). El mismo autor presenta á los alamanos (XVII, 1) edificando habitaciones, *ritu romano*, en medio de campos bien cultivados, y tenemos monedas de oro acuñadas entre los bárbaros á imitación de las monedas imperiales (Eckhel, VII, páginas 316, 330, etc.). En fin ciertos usos de naciones civilizadas iban penetrando en Germania. La frontera común de los alamanos y burgundos estaba marcada, según Marcelino, por *terminales lapides*. Estos esfuerzos para salir de la barbarie debieran haberse favorecido y no la traslación de tribus germánicas á las provincias romanas.

(4) Am. Marcelino, XVI, 12.... *scutorum insignia contuentes norant eos*... En otro lugar (XXXI, 10) habla de *arma imperatorii comitatus auro colorumque micantia claritudine*. El uso de poner en los escudos signos de reconocimiento es muy antiguo. Existía entre los griegos (Cf. Pausanias, *Messen*, 28, § 5). Bocking (*Not. dignit.* t. I; *Einleitung*, p. 93 y sig.) cita muchos ejemplos. Dion Casio (LXVII, 10) dice que durante la guerra de Dacia, un general romano hizo poner en los escudos de los soldados su nombre y el de su respectivo centurión. Vegetio (II, 18) lo repite, añadiendo que para darse á conocer en la pelea pintaban los soldados en sus escudos ciertas figuras. Esta costumbre llegó á regularizarse y cada cuerpo tuvo sus *armas parlan-*